



AÑO III

← BARCELONA 2 DE JUNIO DE 1884 →

Núm. 127

REGALO Á LOS SEÑORES SUSCRITORES DE LA BIBLIOTECA UNIVERSAL ILUSTRADA



JOSÉ DAVID, retrato por J. M. Marqués



## SUMARIO

LA VUELTA AL AÑO, por don V. Colorado.—NUESTROS GRABADOS.—EL HOMBRE DE LOS DOS CUARTOS (*Continuación*), por don Ramon Fernandez de Mera.—El. 8.099, por don Adolfo Llanos.—LA MEJOR VICTORIA, por don U. Gonzalez Serrano.

GRABADOS: JOSÉ DAVID, retrato por J. M. Marqués.—LA CANTINERA, dibujo por J. R. Wehle.—MUERTE DE SÍSARA, cuadro por Ramon Tusquets (*Exposicion París*).—EL MEMORIALISTA, cuadro por G. Wider.—UNA MEDIDA IMPORTANTE, cuadro por Guillermo Claudius.—ESTUDIO A LA PLUMA, dibujo por B. Galfre.—LOS CACHORROS, cuadro por A. Eberle.—SUPLEMENTO ARTÍSTICO: EL AMOR EN LA ALDEA, cuadro por Bastien Lepage.

## LA VUELTA AL AÑO

MADRID

Introduccion.—Muerte del Sr. Gasset y Artime.—Exposicion de acuarelas del Sr. Bosch.—Inauguracion de la Exposicion de Bellas Artes.—Noticias teatrales.—Diálogos.

Existe una patología psíquica más grave y complicada que la fisiológica.

El dolor físico excita el organismo, altera sus funciones, las perturba y las destruye hasta ocasionar la muerte; el dolor moral produce dos efectos distintos; de un lado paraliza la actividad exterior, de otro acumula en el espíritu las ideas y los sentimientos que, faltos de movimiento y de forma, determinan el delirio, la desesperacion y la locura en las enfermedades crónicas.

El espíritu es entonces un sér enterrado en vida; la voluntad quiere y no puede; el sentimiento golpea nuestro pecho como el preso las paredes de su cárcel, y las ideas, impacientes por desbordarse, se olvidan de las palabras y estallan en lágrimas y en gemidos.

Mi buen amigo el Sr. Ortega y Munilla, en la imposibilidad de escribir con lágrimas y de expresar con ayes los sucesos faustos y alegres, solemnes ó triviales ocurridos en la quincena, me encomienda este trabajo que él habrá de proseguir tan luego como el tiempo le dé fuerzas y resignacion suficiente para soportar el dolor que hoy le abate y domina.

\*\*

La muerte del Sr. Gasset y Artime ha impresionado tristemente á todo el mundo.

La prensa de Madrid y de provincias ha consagrado á su memoria cariñosos recuerdos; á su entierro han acudido todos los literatos, políticos y periodistas más ilustres de la corte.

La muerte ha triunfado de las pasiones que separan y dividen á los hombres en la vida.

El Sr. Gasset, además de un talento práctico poco comun poseia una laboriosidad sin ejemplo y una incansable constancia, cualidades todas difíciles de hallar en un país tan soñador, indolente y tornadizo como el nuestro.

La obra del Sr. Gasset es *El Imparcial*, periódico que ha enseñado á leer á muchas gentes y que, en las grandes crisis políticas, ha influido poderosamente, en casi todos los ánimos, en nombre de la razon, de la justicia y de la patria.

Así lo reconocen hoy los mismos que eran ayer sus adversarios y enemigos.

Para vencer es preciso morir.

\*\*

En los artísticos salones de D. Pedro Bosch se ha improvisado una Exposicion de trabajos artísticos destinados á formar parte de dos álbums que el Sr. Romero Robledo dedica á S. M. doña María Cristina y á S. A. I. Federico Cárlos.

Los pintores españoles han llevado á esta obra los ricos y preciados frutos de su peregrino ingenio.

Acuarelas, óleos, sepias, tintas chinas y dibujos á pluma y á lápiz figuran en esta coleccion que es un verdadero museo de glorias y celebridades artísticas contemporáneas.

¡Qué variedad de asuntos! ¡qué riqueza de dibujos y colores! ¡qué diversidad de estilos! ¡cuántas reputadas firmas!

Un diputado de la oposicion, al ver entre las acuarelas los nombres de algunos pintores que han pasado á mejor vida, exclamó haciéndose cruces:

—Ese hombre es el mismo diablo; ¡pues no ha hecho pintar á los muertos! ¡Mucho me temo que, en esta legislatura, le hayan de oír los sordos!

\*\*

La apertura de la Exposicion de Bellas Artes se ha verificado con toda solemnidad; han asistido SS. MM. los reyes, SS. AA. las infantas, los ministros de la Corona, las altas dignidades de Palacio, el Cuerpo diplomático y muchas y hermosas damas de la nobleza.

El arte tiene el dichoso privilegio de atraer todas las majestades de la tierra y dominarlas con su inefable encanto.

El sentimiento y la belleza son los mayores tiranos del mundo; una mirada, una caricia, un beso rinden la más firme voluntad y la disponen á orillar las empresas más difíciles y á vencer los obstáculos más insuperables; por esto en la familia como en la sociedad, los hombres son siempre el poder ejecutivo y las mujeres el legislativo.

Ellas mandan y gobiernan así en la tierra como en el

cielo; sin Margarita y doña Inés, Fausto y don Juan no hubieran franqueado las puertas del Paraíso.

El local de la Exposicion de Bellas Artes presenta un aspecto magnífico; se compone de catorce salas laterales y una central.

En sus muros hay más de ochocientas obras expuestas. El amor, la guerra, el martirio, la leyenda, el drama, la religion y la patria sirven de asunto á todas ellas.

Los colores, como las notas del pentágono, con ser tan reducidos no se agotan ni repiten jamás.

Para un hombre de ciencia la naturaleza se divide en tres reinos solamente: mineral, vegetal y animal; para el artista, estas tres unidades, se desenvuelven y multiplican en infinitas formas siempre grandes, siempre bellas y siempre nuevas.

Y es que la ciencia diseña y el arte vivifica; aquella analiza y este ama; la una enumera y el segundo crea; la ciencia dice: *es*, y el arte exclama: *sea*.

Entre los cuadros de la Exposicion pueden designarse como notables el *Expoliarium* de Luna, composicion de una realidad aterradora; monton de carne muerta, restos de gladiadores en cuyos rostros se ven las espantosas muecas de la agonía y largos regueros de sangre que manan de los desgarrados miembros.

Tiene este cuadro efectos de luz que aumentan la lobretez del asunto infundiendo pavor y miedo al ánimo de quien lo mira.

La ejecucion es osada y valiente; el jóven artista filipino ha manejado el pincel como un puñal y hecho de su paleta una trágica carnicería.

Contrasta con este cuadro del género naturalista otro de Muñoz Degrain de asunto legendario y que representa la poética catástrofe de *Los amantes de Teruel*, cuyo título lleva.

La concepcion aunque basada en la relacion de un antiguo manuscrito (1600) que se conserva en el Archivo municipal de Teruel, es originalísima y está desempeñada con grande acierto y bizarría.

El fondo de este cuadro es una iglesia á través de cuyas ventanas penetra débilmente la luz del dia; Diego yace en el féretro sobre el cual acaba de espirar la desdichada Isabel; varios sacerdotes en el altar y en el coro y algunos fieles en el centro de la nave componen el resto de esta obra.

La actitud, el gesto y la expresion de las figuras, revelan y dicen, á la primera ojeada, las dramáticas pasiones que han producido tan tierna como dolorosa escena.

Tiene tal atractivo, inspira tal simpatía y se adivinan tales cosas en el lienzo de Degrain que, tanto como en el de Luna atemoriza y aterra, se ama en este otro la muerte.

Mucho me temo que este cuadro, dado el espíritu romántico de nuestra raza, induzca al suicidio á los amantes como en otro tiempo Espronceda arrastró en su desesperacion á muchos poetas imberbes.

\*\*

*El Mercader de Venecia* ha proporcionado un nuevo triunfo á Rossi.

La escena del Tribunal, en el quinto acto, la hace á maravilla; el público muy escaso; prefiere las corridas de toros.

Segun se dice, María Tubau no formará parte de la compañía de la Comedia en la temporada próxima.

Lo siento, porque, tan notable actriz, es una figura necesaria en aquel cuadro, como éste es imprescindible para ella.

Este rompimiento tiene todas las apariencias de un divorcio, en el que se consigue la separacion de los cónyuges, pero no la felicidad de ninguno de ellos.

Una sociedad de autores dramáticos ha intentado tomar en arriendo el teatro Español.

La idea en principio me parece excelente, tan excelente como deplorable en la práctica; afortunadamente ha fracasado apenas proyectada; es la primera vez que en España no se realiza un mal pensamiento á pesar de la tenacidad de sus promovedores.

¡Y luego dirán que la naturaleza tiene horror al suicidio!

\*\*

Los forasteros que vinieron á Madrid con motivo de las fiestas de San Isidro van regresando á sus provincias.

Me figuro las conversaciones que tendrán con sus amigos y parientes.

—¿Qué teatro ha visto V.?

—La Alhambra.

—¿Es bonito?

—Muy bonito.

—¿Qué comedia pusieron?

—*Bocaza*.

—¿Y qué es ello?

—Una música extranjera que no hay cristiano que la entienda.

—¿Asistió V. á la apertura de las Cortes?

—¡Pues ya lo creo!

—Y, ¿qué hubo?

—¡Qué quiere V. que hubiese! Lo que en todas las *apreturas*; empellones, codazos y patadas.

—¿Hay muchas Exposiciones en Madrid?

—A puñados.

—Y ¿cuáles son las principales?

—Pues, mire V.; en Madrid la principal exposicion para el forastero es... la del timo.

V. COLORADO

## NUESTROS GRABADOS

José David, RETRATO POR J. M. MARQUÉS

Por quinta vez el público de nuestro Liceo aplaude en el escenario de tan reputado teatro al bajo profundo José David, cuyo retrato insertamos en el presente número de la ILUSTRACION ARTÍSTICA.

David es un cantante de reputacion universal, es el gran intérprete de las sublimes creaciones de Meyerbeer, es el artista consumado en cuya corona han depositado hojas inmarcesibles lo mismo París que San Petersburgo, lo mismo Nueva York que Madrid, lo mismo Roma que Barcelona, en donde ha llenado cumplidamente el vacío que dejara el inolvidable Vialletti.

A David aguardan aún muchos triunfos, pues cuenta apénas 48 años de edad (nació en Marsella en 1836); mas donde quiera que los aplausos de un público entusiasmado premien su talento de cantor dramático, estamos seguros de que su pensamiento ha de volverse con fruicion á ese escenario de nuestro Gran Teatro, en donde *Bertramo* y *Marcelo* han obtenido ovaciones de esas que nunca olvidan los hombres de corazón.

La cantinera, DIBUJO POR J. R. WEHLE

Hay en esta figura una ejecucion feliz. La expresion del semblante es de un candor dudoso, cual conviene al oficio de la niña; la actitud es natural y el todo está tratado con holgura.

La cantina no es precisamente la taberna española; y por lo mismo la cantinera no puede ser un adeféico arruinado por los años y las libaciones. La moza de Wehle, jóven y no mal parecida, es una flor que se agosta tempranamente por falta de ambiente sano, una inteligencia que empieza á atrofiarse por carecer de cultivo, un corazón que se seca porque no hay un alma piadosa que renueve el jugo de sus sentimientos.

Su presente es triste; su porvenir poco risueño...

Hay en su rostro cierta tristeza que parece un presentimiento.

La cantinera es un dibujo sencillo que se presta á un mundo de comentarios.

Muerte de Sísara, CUADRO POR RAMON TUSQUETS

(Exposicion París)

El cuadro de nuestro paisano Tusquets que publicamos en este número, es sin disputa la obra de mayor aliento de las exhibidas en la última exposicion barcelonesa. Sin negar que en toda clase de composiciones pictóricas cabe llegar á la sublimidad del arte, ello es cierto que los cuadros de historia, cuyo asunto á puro levantado raya en lo épico, ofrecen dificultades de ejecucion complejas y para vencer las cuales se necesitan fuerzas y talento de primer orden. Siendo deber del pintor aproximarse todo lo posible á la verdad, la primera de esas dificultades es encontrar dónde estudiar esa verdad aplicada á unas pasiones y á unas escenas que salen del comun de las escenas y de las pasiones. Esa dificultad la suple el genio, no copiando aquello que no existe, sino concibiendo la verdad tal como debió ser en el asunto que se propone representar.

El Sr. Tusquets ha dado en la *Muerte de Sísara* una prueba más de que no se arredra ante esas dificultades; y por cierto que sus fuerzas no le hacen traicion y que si concibe con grandiosidad, ejecuta con singular energía. Quizás la crítica pudiera hacerle presente que tratándose de la *Muerte de Sísara*, la figura del general cananeo tiene poca importancia en la composicion; quizás algo pudiera advertirse respecto á la actitud un poco forzada de Jahel; pero esas pequeñas observaciones, que no merecerian la pena de hacerse en un cuadro de menor importancia y á un artista que no estuviese á la altura del señor Tusquets, apénas influyen en el valor de una obra que bastaria para formarle una reputacion, aun entre el escaso número de pintores que, desdénando, digámoslo así, el idilio y la comedia casera, buscan en la tragedia los asuntos adecuados á la potencia de su talento.

El memorialista, CUADRO POR G. WIDER

Hay en este cuadro intencion y verdad. El tipo del memorialista, confidente de un sin fin de dramas de cocina, y el de la niña que acude cándidamente á implorar los auxilios de la literatura callejera, están tratados con fidelidad y soltura, produciendo el conjunto una impresion agradable.

El memorialista, como le llamamos vulgarmente, por más que se le pasen los meses sin ensuciar un pliego de papel sellado, es propiamente el secretario de los amores de las niñas á quienes les estorba lo negro, y también es el encargado de una contabilidad misteriosa que no lleva *Diario* ni *Mayor*, pero merced á la cual las *fámulas desprecupadas* ajustan las cuentas con una exactitud digna del primer tenedor de libros.

El doble carácter de los trabajos del memorialista imprime á su continente ciertos rasgos de tornasol, gracias á los cuales unas veces toma su rostro el aspecto de un trovador trasnochado, otras veces el de un petardista en activo servicio. Es una figura difícil, pero que el autor de nuestro cuadro ha aproximado á la verdad con buen talento.

Una medida importante, CUADRO POR G. CLAUDIUS.

De cuantos despotismos se ocupa la historia, uno solo se ha perpetuado á través de los tiempos; el despotismo de la moda. Cayeron los Faraones de cuya fuerza dan testimonio las Pirámides; cayó Alejandro para quien las pa-



labras gran triunfo eran sinónimo de gran guerra; cayeron los romanos despues de haber sido los señores del mundo; y cayeron sucesivamente los bárbaros y los árabes y Gengis y Carlos V y Napoleon y cuantos hicieron de los hombres el juguete de su ambicion... Unicamente la Moda, únicamente este déspota que tiene á sus órdenes ejércitos de sastres y de modistas, puede vanagloriarse de haber impuesto su ley á través de los tiempos y pasando por encima de las ruinas de todos los imperios.

Ante los ministros de ese autócrata doblegan su orgullo los varones más encopetados y las damas más exigentes, y el acto de tomar la medida de un fraque ó de probar un vestido de baile, reviste la mayor gravedad aún para las personas más entregadas á la ciencia ó más engolfadas en las trascendentales combinaciones de la diplomacia.

Así no es de extrañar que los personajes de nuestro cuadro desempeñen sus funciones con la importancia que el caso requiere, pues á despecho de esa ponderada seriedad de nuestros abuelos, quizás rendian á la moda un tributo más exagerado que los soporíferos *dandys* de nuestros días.

**Estudio á la pluma, POR B. GALOFRE**

Siquiera la comparacion que vamos á hacer sea algo prosaica, diremos que á los buenos artistas les pasa otro tanto que á los buenos cocineros. No necesitan éstos precisamente faisanes y salmones para condimentar manjares apetitosos; ni el artista deja de revelarse en el trabajo más insignificante. Cualquiera que se fije en esas plumadas de Galofre, cualquiera que examine la facilidad, ó mejor, la seguridad con que han sido apuntados esos animales, cubiertos de polvo, abatidos por la fatiga, y pensando, sí señores, pensando en lo distante que se halla aún el pesebre; dirá sin duda alguna:—Aquí se ve la mano de un artista.

**Los cachorros, CUADRO POR A. EBERLE**

Hay obras de arte que, aún prescindiendo de su mayor ó menor mérito, son altamente simpáticas, bien por su asunto, bien por la manera de ser tratado, bien por ambas circunstancias á la vez. Esa impresion simpática que, aparte las condiciones artísticas de una obra, nos produce íntima satisfaccion al contemplarla, determina cierta comunidad de afectos entre los personajes de un cuadro y el curioso que lo contempla.

Así, verbigracia, la vista del cuadro de Eberle, de asunto hasta trivial si se quiere, nos hace participar de las inocentes delicias de esa madre, para cuyos hijos es un acontecimiento la cría de unos cachorros que casi casi forman parte de la familia. La perra conoce de ha mucho tiempo la buena amistad que la profesan sus jóvenes amos, á quienes sin reserva confía su prole; al paso que los tiernos pachones, ménos prácticos del mundo, parecen adivinar en el hombre á su futuro tirano y no se resuelven á abandonar la protectora sombra de su madre.

La escena está bien comprendida, el grupo bien formado y los personajes, incluyendo en ellos los perros (con perdon sea hecho), demuestran el estudio de un natural que, á puro serlo, no parece estudiado. Hé aquí la mejor condicion de esa obra, ser un modelo de verdad.

**SUPLEMENTO ARTÍSTICO**

**El amor en la aldea, CUADRO POR BASTIEN LEPAGE**

A la vista de esta composicion recordamos involuntariamente los cuadros del malogrado Courbet. Indudablemente es bien dibujada, indudablemente las figuras son expresivas, indudablemente el paisaje es natural; pero á todas estas condiciones indudables, nos parece que pudiera añadirse otra que es un realismo excesivo, una falta de poesía, algo, en fin, que nunca está de más, cuando del amor se trata, por más que ese amor sea el de unos rústicos campesinos.

Porque, una de dos; ó el asunto se ha de tratar realísticamente y entónces ¡adiós mision del arte! ó el autor ha creído que esa muchacha tosca, excesivamente tosca, cumplía á las ilusiones que cada enamorado se forma del objeto de su predileccion. En el primer caso, creemos que se ha padecido un error de concepto; en el segundo caso un error de forma.

Esto no impide que el cuadro de Lepage tenga circunstancias muy recomendables y que los partidarios de la verdad ante todo puedan calificarlo de obra notabilísima. La ILUSTRACION ARTÍSTICA podrá tener predilecciones de escuela, pero ha de admitir todos los géneros, ménos el género malo.

**EL HOMBRE DE LOS DOS CUARTOS**

FOR DON RAMON FERNANDEZ DE MERA

(Continuacion)

El sabio al oír hablar de despedida se estremeció, temiendo que podian ser inútiles todos sus preparativos de venganza; pero se tranquilizó un tanto, suponiendo que el galante conquistador no dejaría de venir á despedirse privadamente de Nemesia.

—Despídase V. de mi mujer, amigo mio,—le dijo,—una cosa es que yo prevea consecuencias probables y otra el ser ridículo como un marido de comedia. Buen viaje, y cuéntenme para cuanto se le ofrezca.

No podía desechar del todo su inquietud, temiendo ver frustrados sus planes; pero por ciertas señales y miradas que mediaron entre los dos amantes en el momento de la despedida, el sabio adquirió la certeza de que no se separaban por última vez.

Cuando despues de despedir al teniente volvió á su cuarto, encontró sobre su mesa una carta que acababan de traer. Era de un primo de Nemesia, anunciándole que el tío de esta habia muerto repentinamente de una apoplejía fulminante, y suplicándole que se lo participase á su prima con las debidas precauciones.

Don Juan no pudo ménos de sonreirse; ¡precauciones para con Nemesia á quien lo mismo importaba su tío que la memoria del gran Tamorlan de Persia!

Despues de pensarlo, determinó no hablar á su mujer de la carta recibida, pues podía ser tan hipócrita consigo misma que desistiese de su cita de despedida con su amante.

Aquella tarde la comida fué más silenciosa que de costumbre; ambos cónyuges estaban preocupados.

Llegó la noche. D. Juan hallábase encerrado en su laboratorio prestando atencion á todo ruido que provenia de fuera.

A la una salió al jardin, provisto de una linterna sorda, como otra vez con idéntico motivo.

El tiempo le favorecia; grandes nubes otoñales encapotaban el cielo:

Examinó las huellas estampadas en la arena de la senda, y respiró con satisfaccion.

Entró en la casa, subió al piso principal, pasó por delante de la puerta del cuarto de su mujer, y penetró en una pieza deshabitada, sólo separada de aquel por un tabique medianero.

Este, en cierto sitio, estaba horadado hasta junto al papel que cubria las paredes de la habitacion inmediata.

Don Juan escuchó y luégo volvió silenciosamente á su laboratorio en donde tomó un globo de cristal, cuyo afilado cuello terminaba en un tubo de goma, y trasladóle con grandes precauciones á la habitacion ántes mencionada.

Sacó del bolsillo una lanceta muy larga que se doblaba y desdoblaba por la mitad, rompió el papel del cuarto contiguo, aplicó el tubo al agujero, y oprimió aquel con sus dedos como para vaciarle de alguna sustancia.

El pérfido gas se esparció lentamente por el cuarto de Nemesia, exhalando un olor tenue y enervante, pero agradable al mismo tiempo.

VII

Trascurrieron algunos instantes.

Don Juan retiró el tubo, bajó al piso bajo á cerciorarse de que la criada dormia, y volviendo á subir, alzó el picaporte de la puerta del cuarto de su mujer.

La puerta no tenia llave, y sí cerrojo, que estaba echado; pero como D. Juan habia tenido la prevision de falsearle, fué un obstáculo que cedió sin gran esfuerzo.

Entró, pues, en el cuarto de Nemesia, abrió la ventana, y se aplicó á la nariz un pañuelo impregnado en una sustancia que sin duda era antídoto contra la asfixia.

A la luz de un quinqué, próximo á apagarse, vió á los dos criminales tendidos en un sofá y enteramente privados de sentido.

Acercóse á ellos y les tomó el pulso.

Hecho esto, como todo lo tenía previsto de antemano, disimuló con un nuevo pedazo de papel del mismo dibujo el agujero que habia hecho en el que cubria las paredes; volvió á la pieza contigua, tomó uno de esos carros de mano que sirven para la locomocion de las personas impedidas, y cuyas ruedas estaban cubiertas de tela para evitar el ruido, y en él trasladó á su laboratorio primeramente al teniente y despues á Nemesia. Cerró el cuarto de esta, y se encerró con sus dos víctimas en su pieza de trabajo.

Las maderas de las ventanas del laboratorio estaban cuidadosamente cerradas.

Algunas lámparas en forma de globo aclaraban tenuemente la habitacion consumiendo un líquido claro y límpido.

Sobre un gran hornillo atestado de lumbre habia un recipiente en forma de baño en el cual cabia holgadamente una persona y que estaba lleno de otro líquido en ebullicion.

Veíanse por todas partes instrumentos raros, gruas de donde pendian cuerdas, pilas eléctricas de todas dimensiones, vasos de barro y de porcelana, hilos conductores cubiertos de gutta-percha que se asemejaban á culebras erguidas, grifos gigantescos dispuestos á asir su presa; en una palabra, mil cosas y objetos sólo conocidos del sabio D. Juan Castro.

Tomó este un largo cordon hecho de seda y de un metal flexible que tenia la consistencia de una cadena de hierro, y ató al teniente por medio de numerosas y complicadas ligaduras, dejándole enteramente agarrotado; ni la fuerza de un elefante hubiera bastado para deshacerse de aquellas sólidas prisiones.

Tomó otro cordon é hizo otro tanto con Nemesia. A no ser por su respiracion un tanto fatigosa, ambos parecian muertos.

Don Juan, no sin trabajo, tomó como un fardo el cuerpo de Damian y le dejó caer sobre una tarima próxima al recipiente.

Luégo aplicó á la nariz un pomo.

El teniente abrió los ojos é intentó moverse.

Don Juan miró al reloj de pared que habia en el laboratorio, y despues de algunos minutos dijo:

—No tardará en pasar el síncope.

Y al pronunciar estas palabras tapó la boca á su víctima, por medio de una mordaza artísticamente confeccionada.

Despues de algunos minutos más, volvió á murmurar:

—Ya es tiempo: está despierto.

VIII

En efecto, Damian, parpadeando como quien no ve claro, miraba atónito hácia todas partes.

Hizo un movimiento como para desatarse.

—Si no se está V. quieto,—dijo D. Juan,—va á caerse al suelo, lo cual retardaria la operacion que vamos á practicar. Oiga V. tranquilo y entérese.

Hizo una pausa y prosiguió:

—De seguro V. no sabrá lo que es la galvanoplastia, porque casi nadie lo sabe en España. Pues es una ciencia de gran porvenir que consiste en adherir á un cuerpo cualquiera una corteza de toda clase de metales de modo que ésta se modele exactamente á las líneas y contornos del objeto cubierto. Esta ciencia estaba en la infancia; pero yo la he desarrollado, y aunque me esté mal el decirlo, la he superado, consiguiendo hacer con la escayola lo que ántes sólo se practicaba con el metal, como más fácil de liquidar.

La galvanoplastia, como todas las cosas grandes, ha tenido un origen muy sencillo.

Un dia una señora, muy rica y muy caprichosa, residente en Paris, se presentó á un célebre químico muy avaricioso, y le dijo:

—Estoy cansada de tener los cabellos negros, trasfórmemelos V. en rubios, pero de un rubio escandinavo; y le regalo cincuenta mil francos.

La empresa era difícil, pero la cantidad tentadora. Los cabellos se resistian á dejarse cubrir de películas de oro, sin romperse. El sabio hizo mil experiencias, por supuesto en cabelleras postizas, hasta que por fin pudo exclamar como Arquímedes: ¡Eureka!

La señora fué rubia, y el sabio rico.

Usted dirá, ¿á qué conduce este discurso, qué me importa á mí todo eso?

Mucho, amigo mio, porque voy á hacer una experiencia en V., ó mejor dicho, sobre V., cubriéndole de una corteza, no de metal, porque eso es vulgar y costoso, y V. no vale la pena, sino de escayola, ¿comprende?

El desgraciado teniente de cazadores comprendia, á juzgar por la espantada expresion de sus ojos.

Entre tanto, Nemesia continuaba, al parecer, privada de sentido.

(Continuará)

EL 8,009

Juan Porfía, hijo del escribano de Larga, soñó tres veces que lograba la felicidad. El escribano, gran entendedor de sueños, tuvo por infalible el indicio, y exhortó á Juan para que por su parte coadyuvara á los propósitos de la suerte.

—No olvides,—le dijo,—que hay que rogar á Dios y trabajar al mismo tiempo: la Providencia te anuncia que quiere otorgarte sus favores, pero no aguardes indolente y tranquilo á que ella te busque: sal á su encuentro sin demora.

—¿Y qué he de hacer?—preguntó Juan lleno de entusiasmo.

—Tu apellido te lo está diciendo: porfía.

—Porfiaré, padre; mas quisiera saber, con el objeto de no errar el camino, en qué consiste la felicidad.

—Pues mira: la felicidad es cualquier cosa: para unos se encierra en lo imposible, y para otros en pequenezes insignificantes. Yo creo, sin embargo, que la base de la felicidad es el dinero, porque con dinero se evitan muchos peligros, se abren casi todas las puertas y se vence la mayoría de los obstáculos. Juzga por mí: yo estoy en Larga porque no tengo dinero para vivir en otra parte; trabajo continuamente y padezco angustias y privaciones, porque no soy rico; todos los deseos que me atormentan podrian satisfacerse con un poco de oro; si yo tuviera tres mil duros, seria feliz.

—¿Sólo con tres mil duros?

—Compraría el molino de Unda, cuya renta basta para mis necesidades, dejaria de trabajar y....

—Y lo que V. ha deseado siempre, que es hacer un viaje á Madrid, seria un hecho.

—Exacto.

—Pues juro á V. que ha de salirse con la suya: me voy á América en busca de los tres mil duros.

—Pues anda con Dios.

—Si logro proporcionar á V. la felicidad, me consideraré dichoso.

Marchó Juan á la Isla de Cuba, porfió con todo su corazon y con todas sus fuerzas, y al cabo de un año recibió su padre esta carta:

«Mi querido papá: le envío á V. los tres mil duros: sepa yo que ha conseguido V. la dicha, y seré feliz.»

La respuesta, que tardó tres meses cabales, decia así:

«Mi querido hijo: recibí tu anhelada carta, compré el molino de Unda y visité la opulenta y coronada villa: ¡cuántas emociones! Vivir en este delicioso Ma-





LA CANTINERA, dibujo por J. R. Wehle









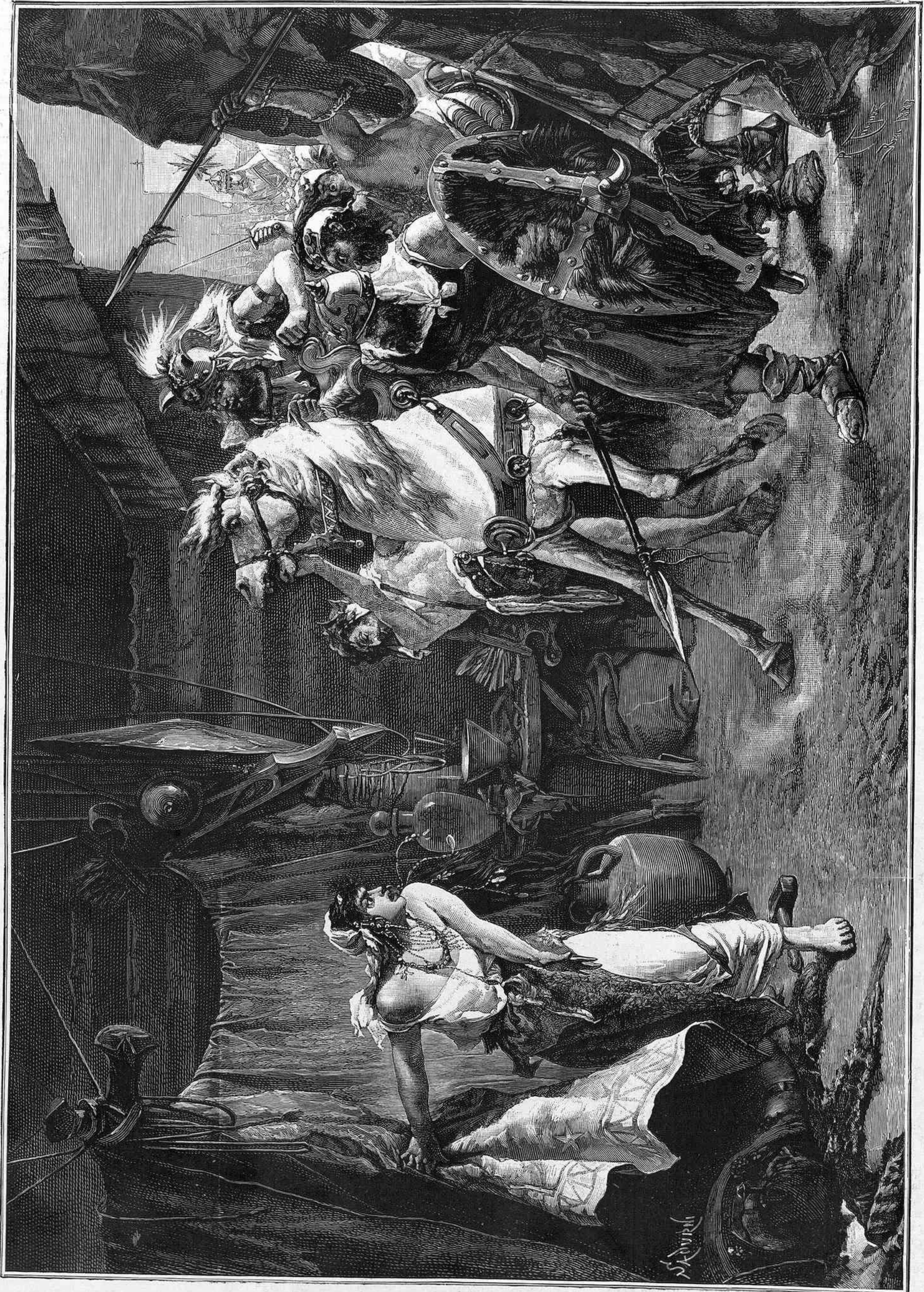
EL AMOR EN LA ALDEA, CUADRO FOR BASTIEN LEFACE







EXPOSICION PARÉS



MUERTE DE SÍSARA. cuadro por Ramon Tusquets



drid, aunque sólo fuese la tercera parte de cada año, sería el complemento de mi felicidad.»

Hijo y padre continuaron su correspondencia en esta forma:

«Mi querido papá: reciba V. los cuatro mil duros que le mando y cumpla con ellos el deseo que le atormenta.»

«Mi querido hijo: he comprado en la villa y corte un pedazo de tierra para edificar en él una casa. Con otros cuatro mil duros habrá suficiente para todo; voy á vender el molino de Unda y á establecerme aquí de un modo definitivo.»

«Mi querido padre: me he propuesto que sea V. dichoso á toda costa, y la suerte me favorece. Cinco mil duros más recibirá V. con esta carta.»

«Ya verás, hijo mio, qué hermosísima habitación estoy construyendo para refugio de nuestra vejez: sólo le falta un pedacito de jardín.»

«Ahí va, mi querido padre, lo que podrá usted necesitar para el jardín.»

«Tu última carta, idolatrado hijo, me ha hecho reformar mis planes. Sobrándome dinero para la conclusión del jardín y habiéndome presentado una verdadera ganga, lo he vendido todo, á fin de poder comprar un preciosísimo palacio que se ofrece por la mitad de su valor. Sólo tengo bastante para satisfacer el primer plazo, mas ¿quién dijo miedo? No ha de abandonarnos la suerte cuando ya voy á tocar la orilla.»

«Tiene V. razón, padre mio: la suerte no nos abandonará. ¿Cuánto se necesita para pagar el segundo plazo?»

«Tendré bastante con diez y seis mil duros; y te aviso, para tu satisfacción, que los terrenos en que está situada nuestra finca, aumentan de valor y dentro de dos ó tres años valdrán el doble. Los dos plazos que faltan ascienden á treinta y siete mil duros.»

«Mi querido padre: para reunir el importe total del segundo plazo tuve que vender mi establecimiento: estoy sin un real, y no sé de qué recursos valerme en lo sucesivo. Por lo pronto, y gracias á mis relaciones, he logrado entrar de ayuda de cámara ¿en dónde dirá V.? Nada menos que en la capitánía general, nada menos que al inmediato servicio del jefe de la Isla. Tengamos esperanza.»

«Mi queridísimo, inolvidable hijo: tu carta es revelación de la Providencia: he abusado de tu fortuna, miserablemente, poniéndote en el vergonzoso extremo de servir, cuando no tenías necesidad de llegar á tal punto. Si de pago uno de los dos plazos que faltan, perderé la finca, sin tener derecho á reintegro, pues esta es una de las condiciones del malhadado contrato que hice. ¿Cómo vas á poder reunir, en tu nuevo destino, la enorme cantidad de treinta y siete mil duros? Sería menester que robaras á tu señor, y esto no es posible. Vencerán los plazos... y basta que no pueda pagar el primero para que lo perdamos todo. ¡Perderlo todo, después de tus sacrificios! ¡Ay! ya veo que la riqueza no constituye la felicidad, porque con ella vienen los deseos insaciables, la codicia que nunca se harta



EL MEMORIALISTA, cuadro por Guillermo Wider

y los terrores jamás conocidos en la medianía. Ahora echo de ménos mi humilde casa de Lerga, mi molino de Unda, mi tranquilidad y mis esperanzas. ¡Maldita sea la hora en que se me ocurrió venir á Madrid! ¡Malditas sean mis insensatas ambiciones!»

«Mi queridísimo padre: no se aflija V. ni se culpe por lo que ha pasado. ¿Qué cosa más natural que el deseo de mejorar y de aumentar las comodidades y la hacienda? De mí no se cuide V., porque salí de España con el firme propósito de que mis padres lograsen ser completamente felices, y en ello estriba mi ventura. Jamás seré ladrón ni deshonraré el nombre que llevo: por esto, quizá, no me ha abandonado la suerte. Y la suerte vuelve á anunciarme que acudirá en mi auxilio. Oiga V. de qué manera singular. Estaba yo reflexionando que no tenía forma de reunir los treinta y siete mil duros (puesto que no hago ninguna clase de negocios), sino sacándome un premio de la lotería. Llegó la noche, y soñé tres veces un número. Voy á jugarlo, y V. verá como nos favorece la suerte.»

«Mi querido hijo: ¡juégalo, juégalo! Es infalible la señal, y de nuevo alienta mi desfallecida esperanza. Dime qué número es, para que yo lo vea en la lista si ésta llega antes que tu correspondencia. Estoy tan seguro del éxito, que no he titubeado en hacer una operación, hasta cierto punto vergonzosa, porque no tengo ningún derecho para hacerla. He conseguido, hipotecando nuestra finca á un comerciante que tiene en mí absoluta confianza, el dinero

para pagar el tercer plazo. Dinero que tengo que devolver dentro de seis meses, precisamente cuando el cuarto y último plazo se cumple. Entonces, si no puedo pagar, perderé á un tiempo el caudal y la honra; pero es imposible que transcurran los seis meses sin que te hayas sacado el premio. Acaso te parecerá mal este recurso, mas considera que no tenía otro de que valerme para prolongar mi agonía. Jugamos ahora, porque la necesidad lo exige, el todo por el todo.»

«Mi querido padre: no mata la desesperación, puesto que aún existo. El número que yo soñé es el 8.099, y no pude jugarlo en la extracción que se acaba de sortear hoy, porque estaba vendido. ¡Y el 8.099 ha sacado el premio grande!»

«¡Hijo de mi alma! no debes desesperarte por ese azar de la fortuna: juega el mismo número, juégalo en todos los sorteos siguientes, porque tengo la convicción de que volverá á salir premiado!»

«Mi querido padre: adiviné lo que iba V. á decirme: no se me escapará otra vez el 8.099: lo juego en todos los sorteos. He vuelto á soñar y participo de la confianza de V. Sal-dremos victoriosos.»

«Mi querido hijo: ¡yo también lo he soñado! Es de todo punto imposible que nos engañemos. Mas ¿llegará oportunamente? Hé aquí mi zozobra.»

«Parte telegráfico. ¡Padre de mi corazón! ¡El 8.099, premio grande!»

«Parte telegráfico. ¡Hijo de mi alma! Llega el triunfo con la mayor oportunidad. Se acabaron las penas. Vente sin pérdida de tiempo.»

\* \*

Los periódicos de la Habana publicaron entonces lo que á continuación copio:

«Vamos á referir un hecho verdaderamente singular. El ayuda de cámara de S. E. jugaba en todos los sorteos de la lotería el número 8.099. En el sorteo que acaba de verificarse, oyó el ayuda de cámara pregonar su número, y se lanzó inmediatamente á la calle persuadido de haber sacado el premio mayor. Mas cuando leyó los números de las primeras listas y los de la oficial, vió con extraordinaria sorpresa que no aparecía en ellas el 8.099. Creyéndose víctima de una alucinación, guardó silencio, aunque le fué imposible disimular su profunda pena, hasta el punto de que llegó á ser notada por su respetable amo, cuya natural bondad se manifestó en esta ocasión cual en otras muchas. Llamado por S. E., el ayuda de cámara declaró el motivo de su preocupación, haciéndolo en términos tan convincentes, que la primera autoridad de la Isla se decidió á emprender las oportunas averiguaciones para obtener la verdad del hecho, y, con general asombro, resultó completamente probado el error que aparecía en la lista oficial: habíase impreso otro número en lugar del 8.099. Demostróse también que la equivocación no era producto de un fraude, y S. E. tuvo á bien disponer que se pagaran los dos premios (1).

»Y ahora llegamos á la parte dolorosa del caso. El ayuda de cámara había destruido su billete. Y al recibir, por boca

(1) El hecho, en sí, es rigurosamente histórico.



de S. E., la feliz noticia, ha perdido la razón.»

\* \* \*

Juan Porfía vive aún en el manicomio. Su locura es inofensiva y se reduce á escribir en las puertas, en las paredes, en el suelo y en sus vestidos el número 8.099.

A todos los que le hablan díceles con la mayor afabilidad:

—Este es el número que me ha dado la dicha: me propuse que mi padre consiguiera todos sus deseos, y lo he logrado: él vive en Madrid, en un palacio suntuoso; yo me embarco mañana para compartir con mis padres la ventura. Soñé tres veces que alcanzaba la felicidad: los sueños no han mentido.

ADOLFO LLANOS

LA MEJOR VICTORIA

*Sub specie aeternitatis...*

«Eres amo y señor del mundo y esclavo de tí mismo,» decía Diógenes con soberano desden á Alejandro Magno; y añadía «ni te envidio, ni temo; sólo deseo que no me quites el sol.»

Este peregrino menosprecio de la vida y de sus grandezas que revela la frase del filósofo griego, es uno de tantos gérmenes fecundos de las manifestaciones que toma el pensamiento humano para hacer surgir del fondo deleznable de lo temporal y perecedero *ideales eternos*, que enamoran, atraen y seducen á las almas bien sentidas y que caen, por paradoja inevitable, en el extremo opuesto.

De ese germen brotan la semilla del Estoicismo clásico, la robusta planta del Cristianismo, los deliquios del místico, las sublimes hiperemnesias del asceta, la nostalgia del tenido por dichoso, el hastío del satisfecho, el menosprecio y cansancio de la vida en el pesimista y la traducción grosera de estas premisas en la consecuencia final de todo idealismo desenfrenado, y fuera de su asiento, en el *Wertherismo* ó enfermedad que consiste en la predisposición al suicidio.

¡Qué cadena tan inflexible y cuán lúgubre hermosura irrada esta lógica inflexible del error! ¡Cuántas y cuán sustanciosas meditaciones surgen ante esta concatenación, jamás interrumpida, del desenfreno de deseos nobilísimos y aspiraciones infinitas con los fracasos continuos y los desengaños sangrientos que ofrecen las impurezas de la realidad! Para que no nos sorprendan, para que el ideal no degeneren en una desesperación estéril ó en un grosero egoísmo ante la radical impotencia de parte del individuo de alcanzar el éxito por sus esfuerzos aislados, interesa en primer lugar, sin caer en las exageraciones de Diógenes, hacerse cargo de que la mejor victoria que puede alcanzar el hombre, es la que logra, *venciéndose á sí mismo*.

El idealismo desenfrenado del estoico, que sonríe con Epicteto, cuando se le fractura una pierna, del asceta, que se arroja desnudo en un zarzal, del pesimista y del dominado por el *spleen*, que buscan postura artística para morir; este idealismo, en la diversidad de sus manifestaciones, implica una negación absurda, una derrota confesada y una retirada de la lucha, que no es siempre honrosa, aunque en muchas ocasiones sea respetable. La exaltación semi-mágica de la individualidad ante el menosprecio del mundo, del cual se huye y cuya comunicación se evita, quizá por un orgullo exagerado, que dimana de la sobreestima de la personalidad propia, es un síntoma que acusa



UNA MEDIDA IMPORTANTE, cuadro por Guillermo Claudiu

el vicio de origen de estas manifestaciones patológicas de la energía espiritual. Con su habitual sagacidad se percibía Voltaire á combatir uno y otro día lo que él llamaba su germen de *huron*, tendencia que le hubiera obligado á anularse; con su característico poder de intuición se preparaba Goethe á luchar también contra este *huron* de Voltaire, reconociendo que el «fin del hombre es ser ó permanecer libre, combatiendo la necesidad, cuando es preciso, ó armonizando con ella la libertad, cuando es posible; ya que nuestra existencia, lo mismo que el todo dentro del cual se mueve, es una inefable composición de libertad y necesidad.»

A esta necesidad, que es la ley encarnada en el tiempo para regir nuestra voluntad, se refiere la doctrina racional del *medio*, lo mismo natural que social y moral, considerado como elemento y factor de nuestra vida, medio que nos rodea y circunda, al cual hemos de adaptarnos, si no queremos que nos ahogue y asfixie y con cuyas exigencias ineludibles hemos de contar en la delicada combinación que supone el arte de la vida. Con el medio la acción del individuo se agiganta, sin él se anula, contra él se destruye y desaparece. El antiguo aforismo lo declara: *Ducunt volentem fata, nolentem trahunt*. La ley de la tolerancia general, traducida ya habitualmente en regla de cortesía y en precepto de la más rudimentaria educación, confirma este mismo aserto. La fortaleza del carácter, la energía de las convicciones, el culto á las ideas no se confunden con la flexibilidad, necesaria para el trato social, ni con la tolerancia, que se requiere para vivir entre las gentes.—Vivir

minaba y sacrificaba, [lo mismo sus apetitos y concupiscencias fisiológicas, que sus más caros afectos é inclinaciones, al fin real, objetivo que perseguía, el de elevar, como él mismo dice, constantemente la pirámide de su existencia, pagando tributo al arte y á la belleza.—Bajo el aspecto impasible de un huésped del olimpo, existe en el fondo del carácter de Goethe un alma, que se estudia á sí misma, que procura dominarse, que sufre interiormente los más acerbos tormentos y que, ya ignorando su propio carácter, ya contrariando sus instintos merced á esfuerzos gigantes, huye siempre de la inacción del asceta y se entrega al torrente del mundo y de la vida, pero evita su aturdimiento en el vértigo de los sucesos, para conseguir el *aurea mediocritas* de Aristóteles, que le permite soñar con la gloria y con el fin constante de su existencia, dar culto á lo bello.—Él combate su impresionabilidad, él cura su predisposición á los vértigos, subiéndolo con frecuencia á grandes alturas, avasalla en su alma el terror imaginario que le infundía la vista de los muertos, asistiendo á los gabinetes de disección de cadáveres, y con el goce avaro del que posee la libertad más preciada del hombre, la libertad interior, asegura que le han producido muy intenso placer y proporcionado muy útiles servicios estas victorias alcanzadas contra sí mismo. De tal suerte este hombre singular que, según declaración propia, era *muy extremado en todo*, semejava la impasible y correcta serenidad de una estatua. ¡Cuántas y cuántas pasiones dominaría Goethe para llegar á esta situación envidiable de ser dueño de sí mismo!

en contradicción constante de ideas y opiniones podrá ser menos cómodo que moverse dentro de una uniformidad rítmica, pero será siempre más racional y conforme con la complejidad de la vida que el ideal soñado por todas las intransigencias y fanatismos, cuyo desideratum final consiste en obtener la respuesta que daba el cortesano á su amo y señor: «¿qué hora es?» «la que V. M. desee.»

Lo que llama el naturalismo científico *ley de la adaptación* implica un principio de gran alcance para la vida moral y para la educación. Esta adaptación requiere que el individuo no se aisle, despreciando el medio que le rodea ó encastillándose en un endiosamiento pueril, sino que luche con el medio moral y en las condiciones que el medio moral ofrezca y acomode su acción á aquellas condiciones, que no rebajan ni dañan gravemente la dignidad. Para vivir recta y honradamente es necesario ante todo procurar vencerse á sí mismo, sujetar y subordinar nuestros gustos é inclinaciones individuales al medio en que vivimos, avasallar, en una palabra, el *enemigo interior*, el orgullo.—Contra estas idiosincrasias fisiológicas y morales, tenidas por invencibles, y de que son manifestación el uso y abuso en los seres débiles de los ataques de nervios y de los síncope, reales ó fingidos, va el severo precepto de Espinosa, recomendando al hombre que viva cual si fuera eterno, *sub specie aeternitatis*, con el fin de librarse de la gravísima falta de sacrificar á condiciones subjetivas y variables el fondo real y persistente de los buenos propósitos. Nadie ha excedido en estas silenciosas luchas contra sí mismo, al célebre poeta alemán Goethe, que do-





ESTUDIO Á LA PLUMA, por B. Galofre

Y el propósito persiste en él durante el largo trayecto de su vida, aplicando siempre su aforismo más preciado «que el talento se perfecciona con el estudio y en el silencio del gabinete, pero que el carácter se forma, se conserva y se mejora en medio del torrente del mundo, de la lucha y de la acción.» Así, de igual modo que allá en su juventud se curaba su propensión á los vértigos, recorriendo las azoteas más elevadas de la catedral de Estrasburgo, que dominaba su excitabilidad nerviosa ante el más mínimo ruido, marchando al lado de los tambores del ejército, se decide Goethe en la campaña de 1792, cuando acompañaba á las tropas aliadas contra la república francesa, se decide llevado, según dice, por el deseo de la temeridad, á experimentar en sí mismo, aunque con grave peligro de su vida, lo llamado *la fiebre del cañon*. Colocado durante la batalla en sitios, donde llovían bombas, despedidas por las baterías enemigas, se complace después en describir este estado,

cuya horrible sensación asegura que aumenta la temperatura del organismo, que produce silbidos y hasta excitaciones insufribles en el oído, y que pone ante la vista una especie de faja rojiza; observaciones todas, que justifican, según su parecer, el nombre de fiebre que se da al fenómeno.

Existe en estos y otros actos semejantes un móvil más poderoso que el de un *spleen* visionario ó anheloso de lo voluble y raro; revela Goethe en estos actos un alma superior, enamorada de un sublime estoicismo, educada en la Etica de Espinosa y fortificada con la creencia de que, en medio de los sufrimientos del cuerpo y rodeado de contrariedades exteriores y de circunstancias adversas, puede el espíritu concentrarse en su pensamiento y merced á la sustancialidad que le es inherente hacerse superior á cuantas vicisitudes dificultan su acción é influencia en el mundo.

Aplicando esta misma norma de conducta á la complejidad, dentro de la cual luchan y en la apariencia ó ante la abdicación de la voluntad se anulan nuestras diversas tendencias morales, es lícito esperar que el hombre forme su carácter, dominándose á sí mismo y haciéndose superior á las contrariedades que le rodean. De tal modo, venciendo el hombre á sí propio, pagando el justo tributo que debe al fin real que persigue, reconocerá (y en virtud de esta idea obrará) que el individuo es libre en medio del todo, pero que oponiéndose á él, se anula por completo y adaptando sus energías á las condiciones que el todo le ofrece (salvo su esfuerzo por mejorarlas), aumenta la virtualidad de estas mismas energías, con lo cual colabora, en una existencia temporal, á un fin eterno ó vive, según dice Espinosa, *sub specie eternitatis*.

U. GONZALEZ SERRANO



LOS CACHORROS, cuadro por A. Eberle

Quedan reservados los derechos de propiedad artística y literaria.

IMP. DE MONTANER Y SIMON